

## PORCIA

La muerte de los Gracos y el malogro de los problemas sociales trajeron á la larga, sí, pero trajeron al cabo, por desgracia, el fin y muerte de la República. Restauróse la oligarquía, pero esta restauración tuvo que fundarse por necesidad en el abatimiento de todo un pueblo, y para conseguir este abatimiento é infelicidad suya, se acudió á empobrecerlo y á podrirlo. Cuanto más estudiamos el mundo antiguo, más claro vemos que su perdición y ruina consistió en su vicio capitalísimo, en su menosprecio del trabajo. Nuestras sociedades modernas, á medida que acrecientan su población, acrecientan sus fuerzas productivas, y la virtud creadora del trabajo viene ocurriendo á la centuplicación de necesidades y conjurando la multitud de peligros. Pero en Roma la entrega del trabajo al esclavo envilecía moralmente, y material-

mente gangrenaba sin remedio aquella sociedad. La explotación del mundo entero no bastó á mantener un proletariado que, ocioso é indolente, se disolvía, cuando con sólo trabajar se hubiera fácilmente redimido, salvando el primero de los bienes, su necesaria libertad. Por eso la salud entera de Roma hubiera consistido en resolver tranquilamente, por los medios que aconsejaban las ciencias económicas del tiempo, los problemas sociales, fomentando el trabajo, pródigo y beneficioso, no solamente á causa del bien material que procura y granjea, sino á causa de los bienes morales. Pero la reacción económica redujo el gobierno á la oligarquía de los nobles sustentada sobre la miseria y la humillación de los más. No pudiendo resolver el problema de la propiedad, vióse obligada y constreñida forzosamente la nobleza para mantener sus privilegios á dar trigo y espectáculos al pueblo. Los dos instrumentos de dominación pública en estado tan triste resultaron Circo y Annona. Era ésta el rico almacén donde se amontonaban los allegados cereales, una especie de gigantesco pósito; y aquél era la plaza, ó elíptica, ó circular, en que se daban los diversos juegos. La oligarquía necesitó alimentar al pueblo y divertirlo. Para divertir y alimentar al pueblo tuvo que corromper y explotar al mundo. Esta explotación traía consigo tiranías tan gigantescas,

y cohechos tan extremos, y explotaciones tan bárbaras, y despojos de las provincias tan terribles, y luchas tan múltiples, y sacos tan continuos, que la tierra entera se podría de la podredumbre romana, inmenso cáncer extendido por todas partes. Iugurta, el negro rey númida, compró tantas veces al pueblo rey, que creyó posible asesinar los rivales suyos en el sagrado recinto de Roma misma, fiado tan sólo en el poder de su dinero. Así los piratas surgían á una en las ondas, los esclavos se levantaban de las ergástulas á guisa de muertos resucitados, los africanos maldecían á la Ciudad Eterna desde sus arenales, y el Rhín, y el Danubio, y los bosques oscuros del Norte abortaban cimbrios y teutones como si la tierra no pudiera sufrir el poder de aquella diosa que debía regirla y gobernarla tanto tiempo.

Necesariamente, de aquí se derivó un predominio militar inevitable. Roma tuvo que darse á un latino semisalvaje llamado Mario, tan sólo porque sabía dirigir tropas y ganar batallas. En efecto, este general extraordinario venció á los cimbrios y venció á los númidas. Pero sus victorias, por tal modo lo enloquecieron, que creyó posible restaurar las embriagueces de Baco y presentarse vestido de púrpura como un tirano en las curias. Latino Mario debía odiar la nobleza romana, y en su odio á

la nobleza romana debía favorecer la democracia. Mas para favorecer la democracia necesitaba desplegar altísimas facultades políticas, y Mario no era más que un general pervertido por las embriagueces del triunfo y por las embriagueces del vino. Su falta de talento político trajo la dictadura de Sylva, y esta dictadura de Sylva sembró los gérmenes que debían producir tarde ó temprano el imperio. Naturalmente, como había en Roma tantas fuerzas luchando, todas estas fuerzas, unas veces vencían y avasallaban á las contrarias, otras veces eran vencidas y avasalladas ellas. Necesitábase mucha resolución para prosperar la democracia, y Mario adoleció de irresoluciones á la continua, más por falta de inteligencia que por falta de voluntad. Un hombre, ducho en las artes militares, sitiador de Cartago y Numancia; bastante fuerte para vencer á los númidas y á los ambrones, para conjurar el simoún de los desiertos al Mediodía y el empuje de los témpanos al Norte; después de haber logrado segar aquellas tribus boreales, cuyos jefes en estatura excedían á los trofeos romanos; después de haber traído atraillados los feroces númidas impidiendo el renacimiento de una Cartago negra, verdadera legataria de la Cartago semita, no supo aprovecharse de tales ventajas ni prosperar la democracia romana, pues, impeliendo á los tri-

bunos para que presentaran proposiciones sociales, ó bien las dejó baldías y burladas con escándalo universal, ó bien permitió que murieran sus valedores y amigos á pedradas por mano de aquellos mismos á quienes debían valer y salvar.

Imposible que no aprovecharse la nobleza todas las ventajas aprovechables y que no extrajera un grande instrumento para su pro del irremediable y tristísimo estado á que las perplejidades múltiples de Mario habían conducido la romana plebe. Así nació Sylva como engendro natural de las grandes aspiraciones aristocráticas. Cualquiera hubiese creído aquel hombre venido del Asia, según sus ideas y sus creencias asiáticas, todas ellas basadas en el menosprecio á los pueblos y en la idolatría de la desigualdad y del privilegio. Mientras Mario lo ignoraba todo, Sylva conocía los hombres de una mirada y los designaba con un calificativo. Frente á frente del instinto, levantábase la inteligencia. Mario no acertaba con su propia vocación y destino, desconociendo así de dónde venía como adónde iba, mientras su contrario llevaba en sí tal herencia de odios, que persiguió y ahogó en sangre á la riente Atenas, tan sólo por creerla cuna de todas las democracias. El jefe de los demócratas era un león, que para lanzarse airado sobre la prensa necesitaba verla delante de sí mismo, mientras

el jefe de los aristócratas era un tigre que se volvía y se revolvía contra sus enemigos, fascinándolos con sus ojos y atrayéndolos á sus garras. Para no tener embarazo ninguno en su ánimo ni siquiera llevaba Sylva el embarazo de una fe verdadera. Todas las ideas habían pasado en tropel por su conciencia, y todas las ideas se habían á una de su conciencia desprendido, dejándole tan solo afectos contradictorios y supersticiones confusas. La magia, la hechicería, las adivinanzas sortilégicas, las combinaciones astrológicas: he ahí toda su religión. No creyendo en la verdad, profesaba por sistema la mentira y fiaba más, mucho más, del engaño que de las rectitudes y lealtades. Aparecíasele como un teatro el mundo y el hombre como un cómico. Él mismo poseía todas las artes y todos los afeites de un actor. Este representante último y verdadero de las aristocracias parecía reconcentrar en sí con todos los vicios purulentos y cancerosos todas las enfermedades crónicas de su gente. La sangre que circulaba por sus venas tan sólo podía, en lo podrida, compararse con las ideas que circulaban por su inteligencia. Esta enfermedad, consustancial con su espíritu y con su organismo, no sólo dió cuenta de él, sino que dió cuenta de su causa. El cuerpo de Sylva hedía mucho antes de muerto, descompuesto y enterrado. Y su historia

parece haberse por la Providencia escrito para enseñar al mundo la inutilidad y la inania completa de todas las reacciones juntamente con la impotencia irremediable de todos los reaccionarios. Aquel hombre había ensangrentado Atenas y Roma, las dos primeras ciudades del mundo; había puesto la tea en manos de los incendiarios para que abrasasen los hogares de sus enemigos; había cubierto de luto Italia y pisoteádola bajo las plantas de sus sicarios; había roto los fundamentos y bases de toda propiedad; herido los dioses; deslustrado las creencias; puesto en litigio las ideas más fundamentales y más primitivas de toda moral, por una reacción, sueño de su vida, objeto de sus ambiciones, pensamiento capital de su inteligencia vastísima, y no se atrevió á restablecer las curias, á fortificar el patriciado, pues, al morir, cubierto de lodo y sangre, salteado por los torcedores de sus remordientos, vió que su obra se parecía completamente á su cuerpo, devorado por la gangrena y exhalando hedor asquerosísimo, como si fuera, no el cadáver de un hombre, no, el cadáver podrido y descompuesto de toda su estirpe.

Dadas estas alternativas en la incertidumbre y perplejidad natural porque iba pasando Roma, nada tan explicable cual ese continuo subir y bajar de los factores que allí coexistían en lucha. Eran

los factores tres: el patricio, el pueblo, el caballero. Estaba representado el patricio por Syla, estaba representado el plebeyo por Mario, el caballero debía verse representado por Pompeyo. Como los tres elementos disponían de fuerzas enormes, los tres elementos predominaban alternativamente con más ó menos duradero predominio. El noble tendía, para la defensa de sus privilegios, necesariamente á la dictadura patricia; el plebeyo tendía, para el ataque de estos privilegios, á la dictadura militar. Quien estaba más en lo que ahora se denomina justo medio; quien quería conservar con mayor empeño la tradicional y antigua libertad de los romanos, unida indisolublemente á sus formas parlamentarias, era esta especie de clase media representada por Pompeyo y amiga de la república, del Senado, de los comicios, de la coexistencia entre tantos factores ilustres como allí se habían sumado, produciendo en tal suma la grandeza incomparable de Roma y la religión de sus leyes. No habían tenido poca parte, á la verdad, los caballeros en la corrupción romana y en la romana decadencia. Nacidos entre la plebe y la nobleza, producto medio de las descomposiciones múltiples de ésta y de los deseos frustrados de aquélla, más atenta de suyo al negocio que al derecho, necesitando enriquecerse antes que glorificarse, la clase de los caballeros en

Roma había deservido mucho al viejo patriciado y no servido bastante á la plebe. Egoísta de suyo, representaba en estos tiempos algo de lo que representó la burguesía francesa en tiempo de Luis Felipe. La guió en esta representación, más que afecto al ideal, afecto al oro; pero sintió la noble impaciencia de salvar la vieja república, y á este intento va unida con lazo indisoluble su gloria, siquier se malograra y perdiera. Y junto con los caballeros, á quienes representaba, ya lo hemos dicho, Pompeyo, iban á la conservación del régimen republicano los espíritus superiores, enemigos por su naturaleza propia é íntima de toda tiranía y amigos de toda libertad. En este número deben contarse hombres de virtud austera, de complexión íntegra, de ideas arraigadísimas, de culto supersticioso á lo pasado, de confianza optimista en lo porvenir, hombres como Bruto y como Catón, en quienes el genio de la vieja Roma revivía, para defenderse contra tantos males como sembraron en sus senos las cruentas guerras civiles y las corruptoras enormes dictaduras. Así, junto á Pompeyo, en pro de sus esfuerzos por la libertad y por la república, encontramos á Porcia, hija de Catón, esposa de Bruto. Durante la edad terrible del combate á muerte, que se llama período de las guerras civiles, predominaron mucho las mujeres. Tanto como los hombres

mezclábanse á una ellas en las discordias y en las competencias romanas. Las dinastías de aquellas Egerias, Lucrecias, Virginias, Veturias, que se unieron al nacimiento del patriciado sabino, á la fundación del régimen republicano, al advenimiento de las libertades nuevas y democráticas, á múltiples gloriosísimas obras, continuó en este período y se prolongó hasta los últimos días del imperio, es decir, hasta la consumación completa del romano espíritu y el término de su gloriosa historia. Mario, no contento con haber tomado esposa en la familia de los Julios, llevó siempre á su lado, consultándola en sus apuros, la sacerdotisa siria, que bajo el nombre de Marta, envuelta en púrpura, blandiendo una lanza por hiedra reluciente siempre ceñida, representaba una especie de oráculo. No hay hombre célebre de aquellos tiempos que no tuviese mujer tan célebre como él á su lado. Lucano atribuye la riña entre Pompeyo y César á la muerte de Julia, hija de éste y de aquél esposa. Cicerón en todo consultaba desde su juventud á Terencia. La esposa de César, Calpurnia, tuvo más previsión dormida que su gran compañero el dictador despierto. Afrania, la mujer de Lucini, abogaba como un vocero, como un jurisconsulto cualquiera en los litigios. Una comedianta como Precia gobernó una ciudad como Roma por el amor de Cetego. Cecilia, la es-

posa de Leutulo, se bebía un millón de sestercios en cualquier orgía de actores, disolviendo perlas en vinagre. Servilia no se contentó con dominar á Catón, su hermano, dominó á César, su amante; de quien creyó tener á su hijo Bruto. Fulvia pudo antes que Cleopatra sojuzgar al indómito Antonio. Por consecuencia, estudiando á Porcia, hija de Catón y esposa de Bruto, estudiamos una de las más brillantes fases del genio y del espíritu romano.

La severidad indudable de Porcia contrastaba por completo con la corrupción universal de las costumbres femeniles. Damas de alta sociedad, lo que aquí llamamos señoras, habían pasado sin escrúpulo y sin rebozo á la prostitución. Cecilia, ya mencionada, cayó en los burdeles después de haber llevado el nombre de los cónsules. Clodia eclipsó á todas. La murmuración propalaba cómo tal mujer sugiriera pasión tan demente al gran orador Marco Tulio, que pensó mil veces cambiarla por su mujer Terencia. Rica, dispendiaba sus tesoros entre sus meninos; elocuentísima, sostenía las más temerarias conversaciones sobre los asuntos más equívocos; noble, manchaba con sus escándalos aquella vía de glorias, la Apia, por sus abuelos abierta; sensual con todas las sensualidades imaginables, provocaba los apetitos por medio de sus excesos en los ademanes y en las gesticulaciones.

Los viajes y los paseos de tal mujer parecían carreras de bacantes. Convidaba los senadores más austeros á sus orgías más desenfrenadas, y cuando no iban por cualquier respeto, insultábalos en público. Sus literas parecían alcobas ambulantes del placer. Por las corrientes del sacro río que lame á Roma, por las celestes aguas del mar que arrulla la vida voluptuosa de Nápoles, parecían sus barcas áureas, cubiertas de tapices orientales, ceñidas de guirnaldas frescas, ocupadas por flautistas y citareras, un lecho de prostitución ambulante. No es mucho, pues, que, aquejada y enferma Roma de un erotismo tan exagerado é intenso, la poesía divinizase los placeres fáciles, los sueños voluptuosos, el eco de las carcajadas báquicas, el beso en que se liba un amor capaz de dar como el veneno la muerte. Aquellas cortesanas de la vía Sacra, vestidas al modo sirio, llevadas en sus literas descubiertas sobre los hombros de negros etíopes semejantes á ídolos asiáticos, pintadísimas y adobadas con toda suerte de cosméticos, oliendo á los más intensos perfumes, abanicadas por plumas varias y multicolores, dirigiendo besos á unos, miradas á otros, cual si todo pudor se hubiera perdido, excitaban la envidia de las mismas honradas matronas, quienes seguían sus modas, buscaban sus mercurios y solían hasta informarse de sus más inmundos

actos con una curiosidad propia de todas las depravaciones, entradas por sutil modo dentro de sus conciencias, en las cuales creían posible admitir todos los pensamientos lúbricos y todas las noticias epicúreas, con tal de no manchar lo más bajo é inferior de su sér, el cuerpo, devorado en aquellas lubricidades fantaseadas é imaginarias. A todo esto contribuía la ociosidad horrible de tanta plebe caída en todas las vilezas, divirtiéndose con las novelas y cuentos de picardías y escándalos, excitando las danzas y bailes públicos en que se desenfrenaban todas las prostituciones, pasando desde los templos de Isis, donde se permitían todas las bestialidades imaginables, á los circos de gladiadores, donde los combates á muerte, las actitudes violentas y estatuarias al mismo tiempo, la sangre vertida sobre un pavimento de áureas arenas, los resuellos de aquellas luchas, los estertores de aquellas agonías, el estremecimiento de la vida al irse por los poros que destilaban todos los jugos del cuerpo, los cadáveres amontonados, no hacían más que avivar y exacerbar la voluptuosidad universal. Roma estaba madura, muy madura para la tiranía. El vicio, no sólo enflaquece los cuerpos, debilita, más que los cuerpos aún, las almas y las ideas. Precisa un verdadero vigor moral para sostener el derecho. Todo cuanto quedaba en Roma se había